

De la arquitectura de los incrédulos: Una reflexión del quehacer arquitectónico a partir de las ideas de Martin Heidegger

Por Carmen Perdomo

Antes de cualquier otra afirmación debo declararme a mí misma un incrédulo, un no creyente; llegando a preguntarme si algún día antes de hoy realmente creí, y debo declarar, como quien confiesa una adicción, con la plena intención de abandonar todo vicio, con la firme convicción de quien de una vez por todas desea curarse:

-Hola, mi nombre es Lucia, soy arquitecto y soy un incrédulo.-

No sé exactamente como llegué a esto, supongo que me vi sumergida en una marea impasible que cubre y arrastra todo a su paso, ¿Cuándo empezó?, realmente no lo sé, podría decir y culpar la licenciatura, pero ciertamente siento que esto emana de muchas fuentes.

¿Y cómo no llegar a esto?, si es como es nuestra situación contemporánea, si la incertidumbre, el desasosiego, la banalización y lo vacío lo dominan todo. Si la invasión de los medios, si el sistema corrupto, si el poder del dinero permean el mundo.

¿Y cómo no?, si mi formación como arquitecto, me arrancó toda esperanza, si el juicio intransigente de más de un maestro me despojaron de toda fe, si el sistema educativo me llevo a pensar que solo existía un modo de hacer las cosas, que el método de Le Corbusier, de Frank Gehry, de Calatrava, de Zaha Hadid, de Mies Van der Rohe, era lo emulable.

Sí, porque cualquier diseño vinculado a las vanguardias de la modernidad era el correcto, que el apremio por anteponer la funcionalidad antes que todo era justificado, que la arquitectura masificada, que los paramétricos, que lo estandarizado era la única solución posible a nuestro hoy, que las fachadas desligadas de todo contexto, que el cristal y el acero en envolventes, junto con edificaciones producto de extremos caprichos formales, era lo digno de reconocimiento.

Fue casi imperceptiblemente que me integre a las filas de los no creyentes, pues con el aprendizaje de las técnicas de representación, también venían las pautas de la modernidad, pues con el aceptar las cargas de trabajo extensas y auto sacrificadas, venía inmersa mi propia deshumanización. No pude darme cuenta que concebir el diseño arquitectónico como simple “talacha”, sin ninguna teoría, sin la filosofía, me despojaba a mí de cualquier

posibilidad de habitar, y ¿cómo sería capaz cualquier arquitecto de diseñar espacios habitables, si no tiene ni idea de en lo que consiste un habitar pleno, un habitar trascendental, un habitar que fecunda?¹

Fue cuando empecé a seguir y admirar a los arquitectos “superestrellas”, a soñar con integrarme como pequeña pieza de engranaje al enorme reloj de un despacho de arquitectura, que dejé de concebir a la arquitectura como un ente capaz de cambiar la vida, desde sí y para quien la ocupa.

Y de repente en mis fotografías de edificios ya no había humanos. Porque me sume a los arquitectos que dejaron de creer, a los que dejaron de soñar, a los que se convencieron de que en este mundo ya no había cabida para imaginar otra verdad distinta a la que acontece en todos lados.

Fue esto y más, lo que me arrastró a lo rutinario en la arquitectura, a esa arquitectura que no es para humanos, a el quehacer arquitectónico desarraigado: el que no pertenece y al que no le pertenece nadie; al quehacer de los incrédulos, de los incrédulos que no confían en que hay maneras distintas de hacer las cosas, a los incrédulos que no conciben y por lo tanto no atienden a la desvinculación con las humanidades, a los incrédulos que creen estar construyendo para la vida diaria desde una realidad incorregible, colaborando así a la infertilidad del mundo con la generación de no lugares, con la edificación y no la construcción; A los incrédulos que se olvidaron de que además de arquitectos, éramos artistas y que como tales nuestros productos siempre debieron ser obras de arte, siempre debieron traer a nuestros habitantes la Poesía.

De una u otra forma siempre sentí que algo desde la arquitectura me faltaba, que como gremio habíamos perdido algo en el camino; que en algún momento dejamos de entender la arquitectura como arte, talvez porque resulto complicado de compaginar con la estandarización, o simplemente porque fue más que difícil tratar de competir con la modernidad y todo lo que ella conlleva. O talvez fue que en realidad se nos olvidó a todos en qué consistía un habitar pleno, y ya así fuimos incapaces de permitir que aconteciera en nuestras edificaciones.

Era importante el visualizar en la concepción de todo diseño arquitectónico que éste, cuidara y diera cabida a la Cuaternidad (según las ideas de Martin Heidegger); esto llevado a un ámbito más práctico, nos habla de aspectos fundacionales, es decir que nuestras construcciones debieran convertir sitios en lugares, abrir espacios², dar paso a la formación y conexión de plazas y por lo tanto enriquecer al acontecer cotidiano, individual y colectivo.

Sin comprender esto cómo podríamos entender que “las auténticas construcciones marcan el habitar, llevándolo a su esencia y dan casa a esta esencia”³. De allí la diferencia entre el construir y el edificar. Heidegger también dice que “las construcciones son cosas que, a su modo, cuidan (miran por) la Cuaternidad. [...] salvar la tierra, recibir el cielo, estar a la espera de los divinos, guiar a los mortales, este cuádruple cuidar es la esencial simple del habitar”⁴. El habitar como ser sobre la tierra.

Y es que viéndolo así, resulta más sencillo no creer, no pensar en que podemos ser parte y promotores de un cambio; es más simple permanecer incrédulo, porque furtivamente creemos escapar de nuestra propia responsabilidad en la situación de la arquitectura actual, ser un incrédulo conlleva culpar a alguien más, culpar a las adversidades, a las complejidades de nuestra contemporaneidad. Más decidir conscientemente no creer, jamás nos eximirá de nuestro compromiso con los usuarios, pero más que nada con nosotros mismos.

Ahora pienso en escudarme como la mayoría del gremio en la ignorancia, pero debo ser firme al decir que toda ignorancia conlleva una negligencia, individual y colectiva. En nuestro caso, como arquitectos, somos ignorantes porque decidimos cerrar los ojos a otras verdades, porque decidimos permanecer incrédulos. Pero reconocemos que hay una verdadera esencia de la arquitectura, que está presente aunque no la alcancemos, porque antes que todo también somos humanos, y como tales, podemos sentir la esencia de la arquitectura en el arte, la esencia del arte en la Poesía, con esos espacios (la mayoría antiguos) que con solo entrar nos conmueven.

Y es que aún como incrédulos, podemos ser testigos del poder oculto de la arquitectura, de esa que sacude y provoca reacciones, de esa que detona mitos. Personalmente sentí la esencia de la arquitectura en la fuerza de los usuarios que combaten la masividad día a día

para encontrarse y construirse a sí mismos, aún a través de las más negligentes de las edificaciones; y claro pude ver ya de lleno el acontecer de dicha verdad en las pequeñas resistencias en el gremio, en los proyectos de esos contados arquitectos creyentes, artistas que decidieron hacer las cosas de manera distinta, que decidieron evocar la Poesía, tal como un día Luis Barragán lo hizo.

Poder percibir estas cosas, me hizo ir tocando fondo en mi incredulidad, poco a poco me convencí de que sí era posible, que había otro modo de pensar y hacer arquitectura, que solo debía decidirme a conocerlo para creerlo y decidí actuar de acuerdo a ello. Es así como finalmente el día de hoy puedo afirmar estar en camino de una rehabilitación integral, y puedo así, satisfecha, modificar mi declaración inicial,

-Hola, mi nombre es Lucia, soy arquitecto y elijo creer.-

En este momento es importante definir en que creemos los creyentes de la arquitectura, porque no basta con reconocer que la arquitectura debe pensarse, construirse y habitarse de manera distinta, y para ello será importante recurrir nuevamente a las ideas del filósofo alemán Martin Heidegger, siendo esta la principal diferencia con los arquitectos incrédulos, pues nosotros, quienes creemos, estamos convencidos de que las humanidades tienen mucho que aportar a nuestro quehacer arquitectónico y para prueba de ello, a continuación se exponen algunas de las muchas premisas sobre la arquitectura como obra de arte.

Como gremio arquitectónico hemos sido separados de las que debieron ser nuestras compañeras inseparables de vida, las ya mencionadas humanidades, lo cual nos hace complicado de entender las premisas que nos aporta por ejemplo la filosofía para entender el diseño, algunos filósofos como Heidegger hacen acertadas aportaciones sobre cuestiones arquitectónicas, particularmente a la **concepción de la arquitectura como obra de arte** y lo que conlleva el comprender el **ser-obra desde sí misma**.

Para entender un poco más sobre esto, es necesario visualizarlo desde un ejemplo del mismo Heidegger, acerca de un templo griego:

El templo por primera vez construye y congrega simultáneamente en torno suyo la unidad de aquellas vías y relaciones en las cuales el nacimiento y la muerte, la

desdicha y la felicidad, la victoria y la ignominia, la perseverancia y la ruina, toman la forma y el curso del destino del ser humano. La poderosa amplitud de estas relaciones patentes es el mundo de este pueblo histórico. Partiendo de tal ámbito, dentro de él se vuelve un pueblo sobre sí mismo para cumplir su destino.⁵

Es importante destacar que en el pequeño párrafo anterior en el que el filósofo intenta dar claridad a esta idea del ser-obra desde sí misma, también nos deja ver su propio pensamiento sobre las edificaciones como construcciones siempre en pro de un habitar trascendental; él ve a las construcciones habitables como las que fundan, erigen, cuidan y fecundan la existencia de sus habitantes, según lo anterior puede entenderse claramente que el **ser-obra de cualquier proyecto arquitectónico** que pretenda nombrarse a sí mismo una obra habitable, cumplirá siempre con el objetivo de volver al usuario sobre sí mismo, para cumplir su destino sobre la tierra.

Esto innegablemente nos sigue hablando de los criterios de habitabilidad del mismo Heidegger, más también menciona que “lo que tiene de obra la obra consiste en su ser creada por el artista”⁶, lo que nos expone la importancia de el autor de cualquier obra de arte; incluida la arquitectura, nos deja ver lo prioritario de nuestro rol en el acontecer del habitar.

Además Heidegger afirma que la verdad sobre una obra de arte solo acontece con una instalación:

La instalación de la verdad en la obra es la producción de un ente tal que antes todavía no era y posteriormente nunca volverá a ser. La producción por consiguiente coloca a este ente en lo manifiesto [...]. Cuando la producción trae consigo la apertura del ente, la verdad, el producto es una obra. Tal producción es la creación.⁷

Según lo anterior, será prioritario entender que si la obra de arte muestra la desocultación de la verdad sobre sí misma, será entonces la manera de conducir a quien la contemple o habite a dicha verdad, por lo tanto llevando esto al campo de diseño arquitectónico, la importancia de la idea anterior es trascendental, pues tal como lo expone, hay una responsabilidad directa en los hombros del autor de toda obra, pues es en su momento de creación donde el arquitecto será capaz o no de **instalar dicha verdad en la obra arquitectónica**.

Sería entonces compromiso de todo el gremio arquitectónico el esforzarse día a día para realmente comprender la verdadera esencia detrás de la arquitectura como obra de arte, la

verdadera esencia sobre sí misma como un ente habitable, entendiéndolo de una vez por todas que el aprender cómo edificar correctamente no nos convierte en artistas, pues solo los artistas hacen obras de arte.

Es así que de acuerdo a los criterios de Martin Heidegger, solo la arquitectura que desoculta la verdad sobre sí misma y la esencia de su origen será digna de llamarse obra de arte, aunque ciertamente y desde la incredulidad, en un panorama actual es complicado como arquitectos el alcanzar la autonomía propia de los artistas y sus obras de arte, es difícil encontrar cabida para los diseños realmente habitables en un mundo permeado por la modernidad.

Más al respecto Heidegger dice que no porque una obra o un proyecto no encuentre “de inmediato la contemplación que corresponde a la verdad que acontece en ella”⁸, debe someterse a otros criterios o cambiar su esencia; pues una verdadera obra, “siempre queda referida a los contempladores aun cuando y justo tenga que esperar por ellos y adquirir y aguardar el ingreso de ellos a su verdad.”⁹

Sobre esto hay que entender que la contemplación, el habitar de una obra, es vital para entender su verdad como ente, pero que toda contemplación conlleva un saber, más no un saber que “consiste en mero conocer y representarse algo”¹⁰. Sino realmente saber del ente, pues “quien verdaderamente sabe del ente, sabe lo que quiere en medio del ente.”¹¹ He allí la importancia de reconocer un habitar distinto y desarrollarse de acuerdo a ello.

Estas últimas afirmaciones de Heidegger traídas al campo y particularmente a la obra arquitectónica son una luz de esperanza y a la vez una llamada de atención, porque habría que entender que no porque se crea que las cosas solo pueden ser hechas y aceptadas de cierto modo en nuestro panorama actual, debemos seguir obedeciendo a ello, debemos dejar de autolimitarnos y **confiar más en que hay una manera distinta de hacer arquitectura**, será importante ser pacientes y seguir permeándonos de lo que en verdad hace habitable a la arquitectura, para poder llevar a nuestros diseños y a nuestros habitantes este saber sobre el ente arquitectónico, a través de la contemplación y el habitar.

Más todas estas afirmaciones solo pueden llevarnos al cuestionamiento inicial de este segundo apartado, en qué creemos los creyentes de la arquitectura además de que las cosas

pueden hacerse de manera distinta, además de que la arquitectura debe ser vista y concebida como una obra de arte, ¿Cómo creemos posible hacer que la arquitectura alcance los valores de arte?

A lo anterior también Heidegger tiene una respuesta reveladora y esencial, él afirma que “la esencia del arte, en la que especialmente descansan la obra de arte y el artista es el ponerse en operación la verdad”¹²; a lo que además agrega que **la verdad** como alumbramiento y ocultación del ente **acontece al poetizarse**.

Esto se entiende como que todo arte es en esencia Poesía, y en sus propias palabras, “**si todo arte es en esencia Poesía, a ella debe reducirse entonces la arquitectura, la escultura, la música**”¹³.

Las palabras del filósofo son claras, consistentes y apremiantes para todos los que hacemos arquitectura, es cierto que en alguna parte del camino dejamos de preocuparnos por que el producto de nuestros diseños fueran obras de arte, llenos de verdad como Poesía, viendo la Poesía como la instauración del ser con la palabra, la instauración de lo permanente, de lo íntimo, de la pertenencia. La instauración de un propio mundo:

El arte como poner-en-obra-la-verdad es Poesía. No solamente es poética la creación de la obra, sino que también lo es a su manera la contemplación de la obra; pues una obra sólo es real como obra cuando nos arranca de la habitualidad y nos inserta en lo abierto por la obra, para hacer morada nuestra esencia misma en la verdad del ente.

La esencia del arte es la Poesía. Pero la esencia de la Poesía es la instauración de la verdad. La palabra instaurar la entendemos aquí en triple sentido: instaurar como ofrendar, instaurar como fundar e instaurar como comenzar. Pero la instauración es real sólo en la contemplación. Así, a cada modo de instaurar corresponde uno de contemplar.

[...]El arte permite brotar a la verdad. El arte brota como la contemplación que instaura en la obra la verdad del ente. Lo que significa la palabra origen es que algo brota, en un salto que funda, de la fuente de la esencia al ser.¹⁴

Es a resumidas cuentas éste un panorama general no solamente de lo que creemos sobre la arquitectura, sino de lo que debe alcanzarse en nuestros proyectos y construcciones por medio del diseño de espacios poéticos, con el único objetivo de generar un habitar

trascendental y que nuestra arquitectura pueda ser digna de ser llamada obra de arte, y así nosotros alcanzar de nuevo el grado de artistas.

¹El filósofo Martin Heidegger expone el habitar como la manera según la cual los hombres son en la tierra, a la vez que señala que el hombre es en la medida en que habita, más destaca que dentro de la cotidianidad del habitar hay valores vinculados al mismo que se han dejado de lado como **el habitar como el cuidar**, el cultivar; lo que nos habla así, de una existencia proactiva, de un trascender, de una fertilidad. Al extraer estos criterios de la filosofía para la arquitectura, puede preverse que todo diseño arquitectónico busque promover estas facetas del habitar, pérdidas en la cotidianidad, que exaltan el rescate de valores de trascendencia espiritual.

²Según las ideas de Heidegger, el espaciar acontece con un emplazar entendido de dos maneras; el emplazar que admite algo, es decir que se encuentra abierto y “[...] permite la aparición de las cosas presentes, a las cuales se ve remitido el habitar humano” y el emplazar que dispone, es decir que “proporciona a las cosas la posibilidad de pertenecerse mutuamente, estando cada una en su respectivo sitio y desde donde se abren a las cosas”, en un profundo equilibrio.

Para todo proyecto arquitectónico será importante considerar ambos “emplazar”; el que admite, es decir permite que la cotidianidad en pro de un pleno habitar de los usuarios acontezca y el emplazar que dispone, que trae un equilibrio de todos los elementos en la “construcción” de un espacio, dónde cada cosa es importante, tiene su propio lugar, y enriquece la actividad y experiencia que se desarrolla en el concebido espacio. en HEIDEGGER, M. *El arte y el espacio*. (traducción de Jesús Adrián Escudero), Herder, España, 2009. p. 19

³ HEIDEGGER, M; “Construir, Habitar, Pensar” en *Conferencias y Artículos*. (traducción de Eustaquio Barjau), Serbal, Barcelona, 1994.

⁴ *Ibid.*

⁵ HEIDEGGER, M. *Arte y Poesía*. (traducción de Samuel Ramos), FCE, México, 1985. p.72

⁶ *Ídem.* p.93

⁷ *Ídem.* p. 98y 99

⁸ *Ídem.* p. 104

⁹ *Ídem.*

¹⁰ *Ídem.*

¹¹ *Ídem.*

¹² *Ídem.* p. 110 y 111

¹³ *Ídem.* p. 112

¹⁴ *Ídem.* p. 114 y 118

Bibliografía

HEIDEGGER, M. *El arte y el espacio*. (traducción de Jesús Adrián Escudero), Herder, España, 2009. 45 p.

HEIDEGGER, M; “Construir, Habitar, Pensar” en *Conferencias y Artículos*. (traducción de Eustaquio Barjau), Serbal, Barcelona, 1994.

HEIDEGGER, M. *Arte y Poesía*. (traducción de Samuel Ramos), FCE, México, 1985. 148p.